

El tesoro más valioso

Hace mucho tiempo que no veo a un viejo amigo.

No os preocupéis por mi nombre en este relato, el nombre que deberéis recordar es el de Noah. Esta es nuestra historia:

Yo nací una fría tarde del año 1917. Mis padres eran unas personas orgullosas que se sacrificaron por mí, para que tuviese todo lo necesario. Mi infancia fue feliz y tranquila, viviendo en las afueras de Boston. Empecé el colegio en 1920, y siempre destacué con mis notas. Pero lo que más recuerdo de aquella época es mi amistad con el niño cuyo nombre aparece escrito en el segundo párrafo de esta narración.

Noah era un chico que llegó nuevo al colegio cuando yo tenía seis años. Ser callado y tímido lo caracterizaba perfectamente. Recuerdo que el día que entró por primera vez en el aula, me miró fijamente, y se sentó en el pupitre de al lado. Curiosamente no me dijo nada, simplemente sacó sus libros y abrió sus oídos a la enseñanza.

Esa misma tarde, mientras salíamos de la escuela, me acerqué a Noah con la intención de ser su amigo, pero siempre me ignoraba. Todas las tardes, pasaba lo mismo, pero llegó un momento en el que por fin me habló:

- ¿Qué quieres?
- Solo intento ser tu amigo.
- No quiero... no puedo, mejor dicho, hacer amigos.
- ¿Por qué?
- Porque mi madre viaja mucho por trabajo, y cada poco tiempo nos tenemos que mudar a otra ciudad, a otro territorio en el que no conozco nada. No me gusta hacer amigos para que luego no los pueda volver a ver nunca.

Sus palabras me impactaron. Nunca habría sido capaz de interpretarlo de aquel modo. Desde aquel día, y tras esa breve conversación, Noah y yo empezamos a ser muy amigos: nos contábamos recíprocamente todo, desde tonterías sin importancia, hasta secretos muy especiales. Habíamos creado una amistad irrompible. Éramos felices. Pero la felicidad no dura eternamente. Un año después de que conociera a Noah, se mudó como había predicho, a una ciudad cercana.

Pero yo no perdí la esperanza, quería que continuase nuestra amistad. Por eso le prometí que iría a visitarle siempre que pudiera. Así, durante mucho tiempo estuve visitando a Noah hasta que empezaba a oscurecer, que era cuando me marchaba a mi casa. Incluso muchas noches conseguí el permiso de mis padres para quedarme a dormir con él.

Crecimos y nos hicimos mayores. Noah fue perdiendo su timidez poco a poco. Nuestras vidas llegaron al año 1944, en la plena y temible Segunda Guerra Mundial.

Nuestro país, Estados Unidos, reclutó a muchos hombres, entre ellos Noah y yo. Nos enviaron a una misión contra los alemanes a la Francia teutónica. Yo estaba muerto de miedo, pero Noah parecía tranquilo. Participamos en el famoso desembarco de Normandía, en el que me hirieron gravemente en la pierna derecha. Tras mucho tiempo, Estados Unidos, ganó la guerra.

Sin embargo, la sangre, los cadáveres, y todas las armas trastornaron mentalmente a Noah, y estuvo sin salir de casa un año entero. Yo intentaba ayudarle, pero se negaba. Finalmente, se recuperó.

Continuamos nuestras vidas, recordando todos los momentos que vivimos de pequeños. Nos hicimos adultos, pero ninguno nos casamos, porque nos parecía inútil. Puedes amar a alguien y sin casarte, seguir amando a esa persona.

Un día, la madre de Noah me levantó de mi cama: su hijo había desaparecido. Lo busqué durante meses: llamaba a su casa continuamente, le buscaba por todos lados... Pasó el tiempo y seguía sin saber nada él.

Y aquí es cuando llegamos al presente. Ahora tengo sesenta y tres años. Han pasado treinta y cuatro años desde que Noah desapareció, y le echo muchísimo de menos. Todas las noches rezo porque esté bien.

Triste, me acuesto. Al día siguiente decido ir a la antigua casa de Noah. Nunca había hecho esto ya que lo consideraba una violación de su intimidad. Entro en su casa, que está polvorienta y oscura. Abro todas las ventanas para que penetre la luz y se airee. Su habitación sigue igual: muy coqueta y acogedora. Me siento en su cama y observo la habitación con nostalgia. Mis manos accidentalmente tocan la mesilla. Sobre ella hay un sobre de color beis, que posiblemente, antes era blanco.

En el interior del sobre hay un papel arrugado, en el que empiezo a leer lo siguiente:

“Hola amigo, sé que tarde o temprano llegarás a leer esto, pero cuando lo leas, no sé si todavía estaré vivo. Quiero que sepas el motivo de por qué me fui: me han diagnosticado leucemia. Necesito estar solo. Sé que si me voy, te quedarás destrozado, pero debo afrontar esto solo, y no quiero que tú sufras por mí. Sigo recordando toda nuestra profunda amistad. Por eso te he dejado una foto en la que salimos de pequeños, para que tú tampoco me olvides. No te preocupes por mí, estaré bien. Lucharé todo lo posible para recuperarme. Quién sabe si algún día volveré. Hasta nuestro próximo encuentro, cuídate.”

Pero por desgracia, nunca volvió. Lloro descontroladamente. Sus palabras me conmueven hasta el punto de que necesito ir a mi casa con la foto y el papel arrugado en la mano. Esto para mí es una verdadera reliquia. Una reliquia que guardaré hasta mi último día de vida. Nunca lo olvidaré.

Como siempre se ha dicho: “quién tiene un amigo, tiene un tesoro”. Y ahora comprendo que yo, he tenido el tesoro más valioso.